

Tarea no ménos fácil es la que ahora vamos á desempeñar al examinar el desacuerdo entre Stuart Mill y Comte, pues este trabajo ha sido hecho de mano maestra por Littré, uno de los positivistas que más de cerca siguieron al segundo, sin que esto signifique que haya aceptado en todas sus partes las múltiples y no siempre lógicas evoluciones de su pensamiento. Un libro intitulado *Augusto Comte y el Positivismo*, publicado por Mill en Lóndres el año de 1865, y traducido al francés por el Dr. G. Clémenceau, fué el origen de este debate, memorable en los anales de la filosofía. La manera con que en dicha obra juzgó el escritor inglés á A. Comte y su doctrina, provocó una respuesta de Littré, inserta en la *Revue de deux Mondes*, respuesta interesante y curiosa por más de un título, que tiene para nosotros el mérito inapreciable de manifestar con toda claridad la completa anarquía que reina en el campo positivista. Véase definida en unas cuantas palabras la posición de ambos escritores: "Yo soy discípulo de la filosofía positiva, dice Littré; M. Mill es su crítico, crítico muy versado, cuyo modo de pensar vá conforme con ella, pero que, en fin, se disgustaría de que se creyera que le pertenece, pues á sí mismo alude seguramente cuando dice: "Aunque el modo de pensar designado por los términos *positivo* y *positivismo* está muy extendido, las palabras mismas, como sucede de ordinario, se conocen mejor por los adversarios que por los partidarios, "y más de un pensador que nunca ha dado á sí ni á sus opiniones ese calificativo, guardándose cuidadosamente de confundirse con los que se le dan, se halla á veces con gran disgusto de su parte, aunque con un instinto bastante exacto, clasificado entre los positivistas y atacado como tal." Notarémos aquí una cosa que no carece de originalidad, y es que, tanto Spencer como Mill, rechazan con cierta especie de disgusto el calificativo *positivistas*, mientras los escritores que entre nosotros han adoptado esa denominación se empeñan en aplicarla á aquellos filósofos, considerándolos como miembros de su misma familia. ¿En qué puede consistir semejante contradicción? ¿Acaso nuestros positivistas ignoran las opiniones de los filósofos ingleses? No es posible suponerlo en personas que deben ser bastante instruidas en las doctrinas que defienden. ¿Acaso conociendo esas opiniones, buscan el prestigio de nombres ilustres, aun dando tormento á la verdad de los hechos? Esta es una hipótesis que haría nacer dudas legítimas sobre la rectitud filosófica de dichas personas. ¿Acaso eso de ser ó no ser positivista será considerado como pormenor insignificante, como tenue divergencia que en nada altera la homogeneidad del sistema? El lector imparcial resolverá con su buen juicio si es admisible semejante contrasentido. Sea de esto lo que fuere, continuemos por ahora sin perder la esperanza de llegar á esclarecer tan curioso problema.

Sabido es que Comte consideraba como sus principales precursores á Descartes y á Leibniz, lo que probablemente ha engendrado en nuestros positivistas, el extraño error de contar á aquellos filósofos entre los miembros de su escuela. Distinto fué seguramente el pensamiento de Comte, aunque no por eso quede al abrigo de toda objeción. Mill encuentra puntos de semejanza entre el fundador del positivismo y los filósofos citados, estableciendo un paralelo en los siguientes términos: "Ellos tenían, como él, un poder extraordinario de encadenamiento y de coordinación; ellos enriquecieron el saber humano con altas verdades é importantes concepciones de método; ellos fueron, entre

C. M. — ATAVISA

todos los grandes pensadores científicos, los más consecuentes, y por esto, con frecuencia, los más absurdos, pues no retrocedieron ante ningunas consecuencias, aunque contrarias al sentido comun, que procedían manifiestamente de sus premisas." Littré opina que los defectos en que incurrieron Descartes y Leibniz no deben atribuirse á haber sido consecuentes, sino á haber partido de principios falsos; en cuanto á Comte, añade: "Si por espíritu de consecuencia cayó en *enormidades* que pasman al sentido comun, debe concluirse sin vacilar, como sucede con Descartes y Leibniz, que partió de un principio falso; pero, en contra de lo que pasó con esos dos filósofos, lo que le precipitó en las *enormidades* que se le reprochan, es haber sido infiel á su principio y á su método. En Descartes y Leibniz, el principio es responsable de las consecuencias; en M. Comte, las consecuencias son indebidas y el principio permanece intacto." Aquí la divergencia entre Mill y Littré da lugar á serias reflexiones: ámbos convienen, á pesar de ser el segundo, discípulo ortodoxo de Comte, que éste cometió *enormidades que pasman al sentido comun*, pero el uno las vé como fruto natural de sus principios, y el otro, como un extravío de esos mismos principios. Limitándonos á exponer simplemente las opiniones de estos escritores, debemos observar, sin embargo, que el sentir de Mill nos parece más ajustado á la verdad filosófica. El paralelo concluye así: "Si hubiéramos de expresar todo nuestro pensamiento sobre M. Comte, le declararíamos superior á Descartes y á Leibniz, si no intrínsecamente, al ménos porque le fué dado desplegar un poder intelectual igual al suyo en un estado más avanzado de la preparación humana, pero también en una edad ménos tolerante de absurdos palpables, y en que, los que ha cometido, sin ser en sí mayores, parecen más ridículos." Estas duras palabras conmovieron á Littré, que contesta enternecido: "De esta última frase de la obra, la última palabra es *ridículos*. Yo no disputo á M. Mill el derecho de aplicarla á tal ó cual concepción desgraciada de las que han señalado el fin de M. Comte. Yo no la habria empleado creyendo que esos *absurdos* son más bien patológicos que filosóficos; pero lo que hiera mi sentimiento de equidad y aun de artista, es que esa triste palabra sea la última bajo cuya impresión se deja al lector, y que una frase digna de M. Comte y de M. Mill no eleve al espíritu á las grandezas del hombre y de su obra." No puede decir un discípulo en términos más corteses, que su maestro ha perdido la razón. Littré reconoce con Mill el derecho de llamar *ridículas* algunas de las concepciones del maestro; lo único que le duele es que esa sea la última palabra con que el filósofo inglés concluye su libro oponiendo á su frase final otra no ménos humillante y despreciativa. Pareceos que este género de defensas no dejaría satisfecho á todo el mundo.

El desacuerdo entre Mill y Littré comienza desde la definición de la filosofía positiva. Para Littré, la filosofía positiva es "la concepción del mundo tal como resulta del conjunto sistematizado de las ciencias positivas." "Esta definición, añade, que tiene la propiedad de coordinarse con las filosofías teológica y metafísica, tiene sobre todo la eminente propiedad de dividir inmediatamente el mundo en dos partes, una conocida, otra desconocida, lo que forma nuestra situación real." A esto agrega un desarrollo que considera implícito en la definición, y es el siguiente: "Concepción del mundo por coordinación de los hechos generales ó verdades fundamentales que á ello conducen, y la

único sorprendente sería que alguien echase sobre sus hombros semejante carga. Dos respuestas pueden darse. Primeramente, se podría decir á M. Comte que consultase la experiencia, así como los escritos de su compatriota M. de Cardaillac y de nuestro Sir William Hamilton, para probar que el espíritu puede, no sólo tener conciencia de más de una impresión simultáneamente, y aún percibir un número considerable de ellas (1) sino también prestarles atención. Verdad es que la atención se debilita al dividirse, y esto constituye una dificultad especial de la observación psicológica, como lo han reconocido plenamente los psicólogos, y en particular Hamilton; pero una dificultad no constituye una imposibilidad. En segundo lugar, habría podido ocurrir al espíritu de M. Comte que es posible estudiar un hecho por el intermedio de la memoria, no en el mismo instante en que le percibimos, sino en el momento después; y este es en realidad el modo según el cual se adquiere generalmente lo mejor de nuestra ciencia respecto de nuestros actos intelectuales. Reflexionamos sobre lo que hemos hecho cuando el acto ha pasado, siempre que la impresión esté todavía fresca en la memoria. No hemos podido llegar sino por una de estas dos vías á poseer el conocimiento, que nadie nos niega, de lo que pasa en nuestro espíritu, y el mismo M. Comte habría malamente afirmado que nada sabemos de nuestras propias operaciones intelectuales. Tenemos conocimiento de nuestras observaciones y raciocinios, sea en el momento mismo, sea en el instante después, gracias á la memoria; por vía directa en ambos casos, y no únicamente por sus resultados, como sucede respecto de lo que hemos ejecutado en un estado de somnambulismo. Este simple hecho destruye el argumento entero de M. Comte. Todo aquello de que tenemos conocimiento directamente, lo podemos observar de la misma manera.

Y cuál es el instrumento que M. Comte propone para el estudio de las funciones morales é intelectuales, en lugar de la observación mental directa que rechaza? ¡Casi nos avergonzamos de decir que es la frenología! No en verdad, dice, á título de ciencia formada, sino como una ciencia todavía por crear; porque rechaza casi todos los órganos especiales imaginados por los frenólogos, y sólo acepta su división general del cerebro en tres regiones: las inclinaciones, los sentimientos y el intelecto, (2) así como la subdivisión de esta última región entre los órganos de la meditación y los de la observación. Sin embargo, él considera este simple primer bosquejo de la repartición de las funciones mentales entre diferentes órganos, como que desprende el estudio mental del hombre de la face metafísica, y lo eleva hasta el estado positivo. Triste en verdad sería la condición de la ciencia mental, si tal fuera su mejor probabilidad de llegar á ser positiva; porque los últimos progresos de la observación y de la especulación fisiológicas, tienden no á confirmar, sino á desacreditar la hipótesis frenológica. Y aún cuando esta hipótesis fuera verdadera, la observación psicológica sería todavía necesaria: ¿cómo, en efecto, comprobar que hay correspondencia entre dos cosas, sólo por la observación de una de

(1) Hasta seis, según W. Hamilton; pero en tales materias, la precisión numérica importa poco, y es probable que diferentes espíritus posean esa facultad en diversos grados.

(2) O según la corrección que hizo más tarde, los apetitos y emociones, las capacidades activas y las facultades intelectuales: el corazón, el carácter y el espíritu.

ellas? El establecer una relación entre las funciones mentales y las conformaciones cerebrales, no sólo necesita un sistema paralelo de observaciones aplicado á unas y otras, sino también (como lo reconoce el mismo M. Comte con alguna inconsecuencia), un análisis de las facultades mentales («de las diversas facultades elementales», t. III, pág. 573) que fuese dirigido sin tener para nada en cuenta las condiciones físicas, puesto que la prueba de la teoría residiría en la correspondencia entre la división del cerebro en órganos y la del entendimiento en facultades, reposando cada una de estas divisiones sobre pruebas separadas. La ejecución de este análisis exige un estudio psicológico directo llevado á un alto punto de perfección; porque es preciso investigar, entre otras cosas, hasta qué grado las circunstancias crean el carácter mental, puesto que nadie supone que la conformación cerebral lo haga todo, y que las circunstancias nada hagan. De esta manera, el estudio frenológico del espíritu, tiene por preparación necesaria toda la psicología de la asociación de las ideas: sin rechazar, pues, el auxilio que el estudio del cerebro y de los nervios puede prestar á la psicología (y que se lo ha prestado y se lo seguirá prestando todavía en mucha parte), podemos afirmar que M. Comte no ha hecho nada para la constitución del método positivo de la ciencia mental, rehusando aprovecharse de los estudios iniciales tan preciosos hechos por sus predecesores, especialmente por Hartley, Brown y James Mill (si es que conoció á alguno de estos filósofos), y dejando á los sucesores de éstos, que se colocaron convenientemente desde el doble punto de vista de la fisiología y de la psicología, M. Bain y M. Herbert Spencer, la tarea de colocar la rama psicológica del método positivo, así como la misma psicología, en su verdadera posición como parte de la filosofía positiva. Esta grave equivocación no es una simple laguna en el sistema de M. Comte, sino que es la fuente de errores serios en la tentativa de crear una ciencia social. Ciertamente muestra grande habilidad en la estimación que hace de la eficacia de las circunstancias para modelar el carácter general de la raza humana; si fuese de otra manera, su teoría histórica sería de poco valor; pero en su apreciación de la influencia que ejercen las circunstancias por el intermedio de las leyes psicológicas, sobre la producción de las diversidades de carácter colectivas ó individuales, se ha engañado miserablemente.

Omitimos por brevedad las reflexiones á que el anterior pasaje se presta, y señalarémos para concluir otro de los puntos de desacuerdo entre Mill y Comte, llamando muy especialmente la atención sobre la respuesta de Litté.

«Es conveniente, dice Mill, comenzar por descargar á la doctrina positiva de una preocupación que la opinión religiosa tiene contra ella. La doctrina condena todas las explicaciones teológicas y las reemplaza ó piensa que están destinadas á ser reemplazadas, por teorías que sólo tienen en cuenta un orden conocido de fenómenos. Se infiere de aquí, que si ese reemplazo se consumara, el género humano cesaría de referir la constitución de la naturaleza á una voluntad inteligente, y de creer de alguna manera en un creador y supremo gobernador del mundo. La suposición es tanto más natural cuanto que M. Comte era abiertamente de esta opinión. Verdad es que rechazaba con cierta acrimonia el ateísmo dogmático, y aun dice (en una obra posterior, pero las anteriores no contienen nada que esté en contradicción) que la hipótesis de un designio tiene más

extiende como debe poder hacerse á las filosofías particulares de las ciencias, diciendo: La filosofía de una ciencia es la concepción de esa ciencia por coordinacion de los hechos generales ó verdades fundamentales que le pertenecen.» Véamos ahora la definición de Mill: «Admitimos, dice, que la filosofía es, según la significacion atribuida por los antiguos á esta palabra, el conocimiento científico del hombre en tanto que es ser intelectual, moral y social. Como sus facultades intelectuales contienen la facultad de conocer, la ciencia del hombre contiene todo lo que el hombre puede conocer, en otros términos, toda la doctrina de las condiciones del conocimiento humano.» Littré observa que en esta definición se confunde la filosofía con la lógica general, y luego agrega: «Me es imposible aceptar esa manera de ver y de confundir la lógica y la filosofía. Sé bien que en el pasaje que acabo de transcribir se habla de todo lo que el hombre puede conocer por sus facultades intelectuales, y concederé, si se quiere, que de esa fórmula se pueden hacer salir las ciencias positivas y tal vez su clasificacion; pero no es ménos verdad que al llamar la filosofía estudio del hombre, se extravía el recto camino que Comte ha trazado con seguridad. La filosofía es el estudio general del mundo, ó en términos escolásticos, del objeto; y en ese mundo, en ese objeto, el hombre se encuentra en su lugar, sea como ser viviente, sea como ser social. Poner al hombre á la cabeza de la filosofía, es dar un falso título, si lo único que se quiere es volver despues de un rodeo á la vía objetiva, ó dar un falso método, si en efecto el punto de vista psicológico es aquel de que se parte.» Por lo que antecede puede notarse que Littré rechaza el carácter puramente formal que atribuye Mill á la filosofía positiva, y á que parece adherirse nuestro colega el *Positivismo*, quien por este mero hecho se pone en abierta contradicción con el discípulo de Augusto Comte. Por lo demás, fácil es comprender que en este punto la lógica favorece á Littré contra el filósofo inglés, puesto que el primero, consecuente con los principios sensualistas de las escuelas empíricas, toma por punto de partida el mundo exterior y convierte la psicología en un capítulo de la biología como lo veremos despues.

M. Mill niega á Comte el mérito de ser el primero que dió un carácter positivo á las investigaciones sociológicas, lo cual, entre paréntesis, está en pugna con lo que asientan nuestros positivistas. Hé aquí sus palabras: «No podría negarse que los mejores autores, tratándose de materias que habian ocupado las facultades de tantos hombres de la más alta capacidad, no hayan aceptado tan completamente como M. Comte el punto de vista positivo, y rechazado tan decididamente como él los puntos de vista teológico y metafísico. Montesquieu y aun Maquiavelo, Adam Smith y todos los economistas tanto en Francia como en Inglaterra, Bentham y todos los pensadores iniciados por él, abrigan la plena convicción de que los fenómenos sociales se conforman á leyes invariables siendo su grande objeto descubrirlas é ilustrarlas. Todo lo que se puede decir es que esos filósofos no fueron tan léjos como él en el descubrimiento de los métodos más propios para poner en claro esas leyes.» Dejá entenderse que Littré es de una opinion enteramente contraria. «Que esos filósofos, replica, hayan concebido como sujetos á reglas los fenómenos sociales, no lo niego; pero esta era una consideración simplemente hipotética, mientras no habian sido las leyes efectivamente comprobadas. Que esos filósofos hayan

conocido buen número de hechos positivos, no lo niego tampoco; pero conocer tales hechos, ó conocer la ley fundamental de una ciencia, son dos cosas muy diferentes. Lo que aquí se nota en historia, se ha notado igualmente en química y en biología, en que se han tenido, durante cierto intervalo, hechos positivos sin doctrina positiva, sistematizaciones parciales sin sistematización general. El primero que hizo positivas las investigaciones sociológicas es sólo aquel que trasformó una consideración puramente hipotética en una ley verificada, y dió á los hechos positivos adquiridos, un vínculo que no se habia sospechado mientras sólo habia habido sistematizaciones parciales. No hay que atribuir á la preparación lo que no conviene más que á la constitucion.»

Aquí hay que reconocer que Littré tiene razón en términos generales; pero la cuestion no es ésta, no es un simple debate abstracto sobre el carácter distintivo de una ciencia constituida; la cuestion es saber si Comte constituyó realmente la sociología, ó no hizo más que avanzar algo sobre la senda de sus predecesores. En este punto, el disentiimiento entre Mill y Littré es absoluto; pues mientras éste opina por la constitucion definitiva de la sociología, tal como la creó Comte, Mill juzga el trabajo incompleto y defectuoso, le reserva á más amplios informes, y declara que M. Comte no ha hecho nada en sociología que no exija ser hecho de nuevo y mejor. El lector podrá comparar estas opiniones con las de los positivistas mexicanos.

Llegamos á la importante cuestion de la psicología. Aquí tenemos necesidad de citar extensamente á Mill, prescindiendo de las respuestas de Littré, tanto para que se vea en todo su conjunto el ataque de aquel filósofo al positivismo, como porque debemos limitarnos á las estrechas dimensiones de este artículo. Oigamos á M. Mill:

«Hay en la manera con que M. Comte considera el método de la ciencia positiva otra grave observacion, que aunque no sea más antifilosófica que la que acabamos de mencionar, (el no haber hallado ni buscado un criterio lógico de la verdad) es de mayor importancia práctica. Él rechaza totalmente, como un procedimiento sin valor, la observacion psicológica propiamente dicha, ó en otros términos, la conciencia interna, al ménos en lo que respecta á nuestras operaciones intelectuales. No da lugar en su serie de las ciencias á la psicología, y siempre habla de ella con desprecio. El estudio de los fenómenos mentales, ó según su expresion, de las funciones morales é intelectuales, se coloca conforme á su plan, bajo el dominio de la biología, pero sólo como rama de la fisiología. Cree que necesitamos adquirir nuestro conocimiento del espíritu humano, observando á los demás; no establece, sin embargo, de qué manera debemos observar las operaciones mentales de otro, ó interpretar sus signos, sin haber ántes aprendido, por el conocimiento de nosotros mismos, la significacion de esos signos. Pero para él es evidente que por la observacion de nosotros mismos no podemos aprender sino muy poco respecto de los sentimientos, y nada absolutamente respecto del entendimiento. Nuestra inteligencia puede observarlo todo, excepto á sí misma; nosotros no podemos observarnos observando, si observamos razonando, y aun cuando lo pudiéramos, la atencion que concediésemos á esa operacion refleja, aniquilaria su objeto, al suspender el procedimiento observado.»

«No es necesario entrar en la refutacion laboriosa de un sofisma, acerca del cual lo